

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL DUQUE DE PARMA

Alejandro Farnesio, duque de Parma, sobrevivió, poco más de cuatro años, á la catástrofe de la *Invenible*. Durante aquel tiempo, el desarrollo de los acontecimientos exteriores influyó de un modo eficazísimo en la vida interior de Holanda. La extirpación del protestantismo en una parte del país, y la atrofia del romanismo en la otra, determinaron una transformación en el sistema político de Holanda. Por motivos religiosos, más bien que de administración ó de gobierno, se disgregaron diez provincias del Ducado. Si Guillermo el Taciturno hubiese vivido, probablemente se habría constituido un estado con toda la parte de costa del país, y la interior, excepto acaso las provincias walonas, se hubiera reunido en una gran república comercial y manufacturera. Cuando unos dos siglos y medio después del asesinato de Guillermo, el reino de los Países Bajos se dividió en dos bandos, Europa tuvo que reconocer la disgregación de Bélgica.

Leicester murió en 1588. Luego que abandonó la Holanda, los suyos agraviaron á los Holandeses, dejando que Geertruydenberg cayese en poder del de Parma. Á su vez, el general español había sufrido

las amarguras de ser rechazado aquel invierno (1588) por Mauricio, en Bergen-op-Zoom. Durante estos sucesos, una expedición inglesa desembarcaba en la Coruña, causando grandes daños en las posesiones españolas.

Felipe II, en aquella época, empleaba su energía y su oro en cábalas y manejos con la familia de Guisa y los descontentos de Francia. El de Guisa humilló al rey en la famosa jornada de las Barricadas (12 de Mayo de 1588), teniendo Enrique que abandonar su capital para no volver jamás á ella. El 23 de Diciembre del mismo año el duque y su hermano morían asesinados en Blois, por orden del rey. Enrique III, después de haberse reconciliado con su pariente y sucesor Enrique IV, que sitiaba á Paris, moría el 1.º de Agosto á manos de Jacobo Clemente.

Reclamó, en esta ocasión, Felipe la corona de Francia para su hija, y como tuvo necesidad de concentrar sus fuerzas para luchar con Enrique, los Holandeses vivieron tranquilos algún tiempo. Por dos veces consecutivas el rey de España tuvo necesidad de los servicios de Farnesio: la primera, en Agosto de 1590, cuando puso á Enrique en el caso de levantar el sitio de Paris; y la segunda, en Abril de 1592, cuando le obligó á hacer lo propio en el cerco de Ruan. Hazañas militares, que demostraron su pericia, y la última había de ser la postrera del duque de Parma.

Por entonces, comenzaba su carrera militar un caudillo que había de rivalizar con el mismo Farnesio. Mauricio de Sajonia, hijo segundo de Guillermo el Taciturno había estudiado su carrera con tenaz empeño y singular aprovechamiento. Cuando el de Parma y Felipe se ocupaban en los asuntos de Francia, pareció que Holanda podía volver á empezar la guerra

con alguna esperanza de fortuna. Para ello, se necesitaban tres cosas: formar ejército y armada, poder pagarlos con regularidad, y finalmente conducirles á la victoria é inspirarles confianza. Mauricio llevó á feliz término tan ardua tarea. Los ingleses Yorke, Stanley y Wingfiel hicieron traición, entregando al ene-



JUAN MAURICIO DE NASSAU.

migo las importantes ciudades de Zutphen, Deventer y Geertruydenberg; y un holandés había hecho lo propio con Groningen, capital de la Frisia.

El 26 de Febrero de 1590, los Neerlandeses se apoderaron de Breda por sorpresa, sin perder un soldado, y Mauricio poco después redujo varias fortalezas

y ciudades. En tanto que decaían las ciudades sometidas á las armas españolas, las ocupadas por los Holandeses aumentaban rápidamente en población y riqueza. Además, la administración de los negocios, aunque ya comenzaba á dañarse por la falta de unidad, que tan funesta había de ser en plazo no lejano á los grandes intereses del país, era, frente al enemigo común, honrada, enérgica y verdaderamente patriótica. Pronto formaron los Holandeses aquella escuadra, que no sólo creó el imperio báltico allende los mares, sino que eclipsó las glorias españolas y pudo medirse con el poder naval naciente de Inglaterra. La gobernación de Holanda se hallaba al presente en manos de los Estados Generales.

Mientras que el de Parma acudía en auxilio de París, el príncipe Mauricio daba muestra de su pericia militar, sorprendiendo el 23 de Mayo de 1591 el fuerte de Zutphen y apoderándose de la ciudad siete días después. El 10 de Junio, tras una sangrienta lucha, se hizo dueño de Deventer; el 24 de Septiembre, de Hulst, cerca de Amberes; el 21 de Octubre, de Nimega; en Mayo de 1582 sitió á Steenwick y en Junio se apoderó de ella, juntamente con Coeverden; recobrando en seguida el joven estatúder todas las plazas fuertes de Holanda. Sus victorias eran triunfos del arte militar; pero también conviene decir, que no hubiesen sido tan rápidos y decisivos, si su gran competidor no hubiera permanecido alejado del teatro de la guerra, por las exigencias de la política de Felipe II.

Felipe se había propuesto destronar al herético Enrique, y con éste era difícil la lucha, aunque casi todo su reino le fuera hostil. Solamente Farnesio y sus españoles podían hacerlo; pero éstos, dirigidos

por otros jefes, hubiesen sido derrotados. Con respecto á Holanda, si bien es cierto que Mauricio era hombre de ciencia, en punto á estrategia, distaba mucho todavía, á pesar de haber vencido á varios capitanes que sirvieron bajo las órdenes de Farnesio, de hallarse al nivel de su esclarecido adversario.

Farnesio en Francia hizo levantar á Enrique IV (20 de Mayo de 1592) el cerco de Ruan, dirigiéndose después á tomar una pequeña población que dominaba el Sena. Herido en aquel cerco en un brazo é inutilizado para proseguir activamente en su empeño, hizo un hábil movimiento, replegándose á Paris, donde se repuso, saliendo á los pocos días camino de Spa. Si su expedición no dió resultado alguno favorable, se debió á la persona que asoció á ella, la cual tenía el propósito de perderla.

Era éste Mayenne, hermano del asesinado duque de Guisa, que á la sazón se hallaba comprometido en una triple intriga. Mientras Felipe II le pagaba con esplendidez para que fuese su agente, y aparentaba trabajar en favor del dadivoso monarca, convencido de que los Franceses no aceptarían por su rey al de España, ni á su hija, ni al esposo de ésta, se agitaba en su provecho, presentándose candidato á la corona francesa y lanzando la especie de que él representaba los derechos de Carlo Magno, despojado siete siglos antes por la familia de Hugo Capeto. Su hermano mayor había dejado un hijo, y en caso de prevalecer la doctrina de Mayenne, hubiese sido gravísimo inconveniente para la realización de sus propósitos; pero en épocas de perturbación, los obstáculos de esta índole pierden mucho de su importancia y se vencen con facilidad por los hombres de ánimo resuelto y de corazón entero. Mayenne siguió luego

otro camino. Cuando se persuadió de que se agitaba en el vacío, se echó en brazos de Enrique de Navarra. ¡Cosa singular! Felipe pasó toda su vida engañando á los demás, y él, á su vez, fué víctima de engaños. Sólo desconfió de quienes nunca debió dudar: de don Juan de Austria, y de Alejandro, príncipe de Parma.

Cuando Alejandro por su genio y fidelidad á Felipe era la admiración del mundo, y rechazaba indignado las sospechas, fingidas ó ciertas, que muchos propalaban en su daño, atribuyéndole determinados propósitos, y que para sincerarse no vacilaba en estremar su celo, poniendo mano á todos los medios que tenía disponibles, legítimos ó arbitrarios; el rey de España lo vigilaba cautelosamente y recelaba de él, fingiendo, sin embargo, aprobar y complacerse en su conducta. Sin recursos en el país y con soldados hambrientos y rebeldes, tomó más de una vez resoluciones heroicas que habrían impuesto silencio para siempre á sus detractores, si éstos hubiesen podido conocer, á través de aquel impasible carácter, su fidelidad inquebrantable y su invencible denuedo.

Los hombres que Felipe puso á su lado, más que consejeros, eran espías. Ellos desfiguraron sus acciones y atribuyeron á sus propósitos miras interesadas. Era época de felonías y engaños; las maldades se hallaban de tal modo identificadas con la política, que en nadie se podía tener confianza. Como el de Parma fué falso con todos, menos con su señor, éste dudó de él.

Farnesio se quejaba amargamente de las sospechas de su rey. Aunque en aquella época de misteriosos engaños se adoptaba todo género de precauciones para evitar que fuesen descubiertos los menores detalles de una intriga, un traidor enteró á Parma de

todo. Sus enemigos escribían al rey cartas cifradas, y merced al procedimiento indicado, él llegó á conocer el contenido de aquéllas. Tenemos delante los despachos de Farnesio á Felipe II, y los del rey de España á su gobernador. Ellos declaran, que el primero no pudo reprimir la cólera que le produjo la conducta de sus detractores, y que el segundo, ó negó haber recibido comunicaciones contra el de Parma, ó afirmó, que si las había recibido, no las recordaba. El rey faltaba á la verdad; porque la correspondencia de los espías se halla con notas escritas por el mismo Felipe.

Dada la doblez de carácter del rey Felipe, no es de extrañar que reiterase al duque de Parma su confianza y afecto cuando le mandaba penetrar en Francia, y al mismo tiempo no lo proveía de los recursos pecuniarios suficientes; y de igual modo, cuando Farnesio, con su reconocida prudencia, le daba cuenta del estado de los negocios en Francia y en Holanda, Felipe se disponía á quitarle el mando de las tropas, y aun á prenderle, en caso necesario. Hallándose el de Parma en Ruan, llegó un emisario del rey con el encargo de relevarle, capciosa ó francamente, con engaño ó por fuerza. Para terminar: Felipe dispuso que Farnesio llevase sus tropas al interior de Francia. Cuando el gran general había tomado las medidas necesarias para cumplir las órdenes del rey, murió en la plenitud de su vida y de su fama, el 3 de Diciembre de 1592, á los cuarenta y ocho años de su edad ¹.

¹ Alejandro, hidrópico y herido, estaba muy quebrantado en Spa «bebiendo el agua de las fuentes». «Está muy decaydo y flaco» escribe Tassis al rey el 25 de Septiembre de 1592. El inglés Lodge afirmaba con poco fundamento: «Se le ha escapado decir, que tenía grandes sospechas que le habían echado veneno en su comida ó bebida.»

Ilustraciones, t. II, p. 396. Murió en Arras, pero su cuerpo se llevó á Bruselas, y sobre su sepulcro se puso el siguiente epitafio: *Alejandro Farnesio, vencidos los flamencos, y librados del cerco los franceses, mandó que se pudiese su cadáver, en este humilde lugar, á 2 de Diciembre. Año de 1592.* «Era un gran hombre y merecía mejor suerte», dijo la reina Isabel. «Murió un gran caballero y un gran capitán, aunque me llevó ventaja», exclamó Enrique IV. «Así murió, dice un escritor protestante, Alejandro Farnesio, duque de Parma. Se granjeó la admiración de su siglo y la de los posteriores, por su prudencia y su gran sagacidad.» «Gran capitán, escribe otro historiador católico, y de nombre tan claro sin duda alguna, que su fama puede colocarle entre los más célebres de la antigüedad.»

XVIII

DESPUÉS DE LA MUERTE DEL DUQUE DE PARMA

Es difícil saber, si en la libertad de los Holandeses influyó más la muerte de Farnesio, ó el reconocimiento de Enrique como rey de Francia; porque aquellos personajes que habian estado al lado de Felipe recibiendo dinero suyo, se pasaron después al partido de Enrique, comprados ó perdonados. Á decir verdad, la aristocracia francesa ofreció entonces un espectáculo triste por su afán inmoderado de lucro y su carencia completa de pudor. Felizmente para Holanda, sus molineros, tejedores, marinos y comerciantes adelantaban y enriquecían la república. Los grandes y nobles no aborrecían allí la república, como los de Flandes; de lo contrario, hubiese desaparecido semejante forma de gobierno. Enrique de Francia abjuró de la reforma, cambiando sus creencias por la religión católica; porque según dijo, *bien valía una misa su reino*, y de él le dejaremos disfrutar por ahora ¹.

Un año después de la muerte del de Parma, Felipe nombró gobernador de los Países Bajos al archiduque Ernesto de Austria, hombre de edad avanzada, vanidoso, enfermo de la gota y de accidentes le-

¹ Enrique IV de Borbón hizo abjuración pública del calvinismo en la iglesia de Saint-Denis el 25 de Julio de 1592.

tárgicos ¹. Mauricio, entretanto, no habia estado mano sobre mano. Después de apoderarse de Geertruydenberg en Junio de 1593, tomó á Groningen, capital de la Frisia, en Julio del año siguiente, restableciendo la república en los límites que tenía un siglo antes. Durante largo tiempo, los Holandeses habian intentado en vano recobrar los Países Bajos, pertenecientes á España. Lograda la empresa, hubiese cambiado el rumbo de la historia de la república; pero sus limitados recursos, que la Europa creía inagotables, quedaron exhaustos. Era, pues, evidente, que los Holandeses no podían dar la libertad á los flamencos.

Después de dos inútiles y fácilmente descubiertas conspiraciones, en las cuales Felipe habia pagado á asesinos para que quitasen la vida á Isabel y á Mauricio; después que los Holandeses derramaron su sangre y su oro por Enrique de Francia, mientras éste se disponía en cambio á dejarlos abandonados á su suerte, tratar con los Españoles y solicitar la absolución del Papa; el rey de España, habiendo muerto el archiduque Ernesto, determinó ceder los Países Bajos á su hija y á su futuro yerno ². Era éste hermano de Ernesto, arzobispo de Toledo y cardenal. Para que pudiese cumplir las funciones de su nuevo ministerio de príncipe seglar, era requisito indispensable que el Papa le relevase de sus votos. Venía acompa-

¹ Después de la muerte de Alejandro Farnesio, fué nombrado gobernador de los Países Bajos el conde de Mansfeld, y á éste le reemplazó pronto Ernesto, archiduque de Austria, hermano del emperador Rodolfo y sobrino de Felipe II. Ernesto llegó á Bruselas el 30 de Enero de 1594.

² Al archiduque Ernesto sucedió en el gobierno el conde de Fuentes, y á éste, el archiduque Alberto, hermano también del emperador Rodolfo. Llegó á Bruselas en Febrero de 1596.

ñado del hijo mayor de Guillermo el Taciturno, aquel que fué secuestrado 28 años antes, y educado con esmero por los jesuitas españoles. Merecía profundo respeto, tanto por la memoria de su padre, como por su carácter sacerdotal.

Ingleses y Holandeses decidieron entonces unirse para caer juntos sobre algunos puertos españoles. Recordando las aventuras de Drake, iban á realizar una expedición en 1596. Drake y Hawkins ya habían muerto. Quedaban Essex, Raleigh, Howard y Vere, que rivalizaban en valor con los almirantes holandeses. El 30 de Junio llegaron á Cádiz, destruyeron la escuadra española, desembarcaron tropas, se apoderaron de la plaza é hicieron huir á la guarnición. El almirante español, que ocho años antes había estado en el desastre de la *Invencible*, prefirió la destrucción de sus buques á que fuesen presa del enemigo. Essex y Vere opinaban hacer á Cádiz fruto de sus conquistas, y en caso de abandonar la isla sería después que llegase el gran convoy que se esperaba en breve de las Indias; pero lord Howard no lo consintió, y los Ingleses dieron la vuelta á su país.

Si bien se considera, la toma y saqueo de Cádiz no produjo resultados inmediatos bajo el punto de vista militar. Bajo otros aspectos, pudiera estimarse como desastre; porque muchas de las riquezas aprehendidas, pertenecían á comerciantes holandeses allí establecidos; los cuales, mientras sus compatriotas luchaban contra el poder de Felipe II, ellos traficaban á la sombra de la autoridad real, con las Indias y con la misma Península, del mismo modo que acontecía un siglo después, en tiempo de otros reyes. En realidad, el comercio con las Indias, que á la sazón casi estaba en manos de Felipe, era asunto vital para

los Holandeses, quienes de este modo sacaban grandes recursos para sostener la guerra. El imperio indiano de los Holandeses, que luego había de ser tan poderoso, apenas existía entonces en la mente de algún pensador. Por esta razón, algunos han afirmado que los Holandeses proporcionaban medios á Felipe II para proseguir la guerra, habiéndose llegado á decir que hasta le vendían la pólvora con que los Españoles arcabuceaban á sus compatriotas. La verdad es que las operaciones comerciales de los Holandeses eran muy beneficiosas al rey de España, y que sin la intervención de éstos, no hubiesen llegado los productos de Ultramar á los grandes mercados europeos.

Si como se ha dicho, el saqueo de Cádiz no tiene importancia militar, sirvió más tarde para que Ingleses y Holandeses no temieran en sus costas respectivas á los buques de guerra españoles, como dieron, unos y otros, pruebas señaladas. Los sucesos del año 1596 inspiraron á los Holandeses proyectos grandes y atrevidos, que llevaron á feliz término; empresas, en las cuales habrían tomado parte los Ingleses, si Jacobo, rey de Escocia y de Inglaterra, no hubiese hecho la paz, estrechando su amistad con la corte de España, mediante un enlace matrimonial entre ambas familias reales. Holanda, no pudiendo luchar solamente con sus propias fuerzas, entró á formar parte, en aquel mismo año, en la alianza ofensiva y defensiva de Francia é Inglaterra. Se vió entonces, que Felipe, á pesar de la destrucción de su escuadra en Cádiz, no desistía de la idea de atacar á los Ingleses; pues dispuso otra armada con el objeto de invadir á Irlanda. Aquella expedición tuvo la misma suerte que otras. Sorprendida por una terrible tempestad

poco después de lanzarse á la vela, perdió 40 buques y 5.000 hombres que llevaba á bordo.

Al comenzar el año 1597, Mauricio, auxiliado de su

MEALLA DE LOS PAISES BAJOS DEL AÑO 1588, EN CONMEMORACIÓN DEL DESASTRE DE LA GRAN ARMADA.



amigo Vere, derrotó la flor de las tropas españolas. Nunca tropas inglesas y holandesas habían inferido daño igual á los ejércitos de Felipe. Suceso tan fausto se debió principalmente á la disciplina y disposi-

ción admirable que supo dar Mauricio á su caballería. Durante aquel año, el holandés prosiguió su campaña, y logró que los fuertes españoles no impidiesen la navegación del Rhin, quedando libre y franco el paso del caudaloso río. Á su vez, Felipe cerró sus arcas á los acreedores del Erario, y con esta medida destruyó su crédito en Europa, y de rechazo llevó á su ejército el malestar, la indisciplina y la sedición. En el año de 1598 se hizo poco ó nada, aparte de la celebración de un tratado de paz entre Enrique IV y Felipe II, de las inútiles negociaciones entabladas por Holanda cerca de aquel rey para impedirlo, y de la renovación de sus recíprocos empeños entre Isabel de Inglaterra y los Estados. Cuatro días después de la paz de Vervins, firmada el 2 de Mayo, y por la cual era reconocido Enrique legítimo rey de Francia, Felipe despachó á su hija y á su yerno para los Países Bajos, investidos con la soberanía de Holanda¹.

Pocas semanas habían transcurrido, y Felipe caía en su lecho de muerte, y se preparaba, con resigna-

¹ Los principales artículos de la paz de Vervins, firmada el 2 de Mayo de 1598, fueron: la ratificación de la paz de Cateau-Cambresis de 1559; olvido de lo pasado y amistad para lo futuro; libertad á los prisioneros de guerra; el francés devolvió á Cambray, y el español le dió á Calés, Ardres, Douvens, Chatelet, la Chapelle y Blavet. Después de la paz entre Francia y España, Felipe II firmó, el 6 de Mayo de 1598, el acta de abdicación de la soberanía de los Países Bajos en favor de su hija Isabel Clara Eugenia y de su futuro esposo el archiduque Alberto, con las cláusulas siguientes: «que si la soberanía recaía en hembra, cesaría ésta con el rey de España ó su heredero; que los sucesores de la infanta no contraerían enlace sin el consentimiento del monarca español, so pena de volver los estados al dominio de España; que los nuevos soberanos impedirían á sus súbditos el comercio de las Indias; que no permitirían el ejercicio de otra religión que la católica; y de no cumplirse cualquiera de estas condiciones volvería la soberanía de Flandes á la corona de España.» Lafuente, o. c., t. XIV, p. 462.

ción ejemplar, á ella. El que aspiró á la monarquía universal, se despojaba ahora de todo poder y autoridad. El que sacrificó millares de hombres á su ambición y fanatismo, perdía su vida en medio de torturas y agonías, más dolorosas y prolongadas que cuantas dieron los inquisidores y generales á sus numerosas victimas. Tan persuadido se hallaba en su hora postrera, el que, durante 42 años de reinado fué azote del género humano, de la rectitud de sus intenciones y del derecho de su causa, que no le remordía la conciencia de haber procedido injustamente con nadie. No se halla demostrado si pretería la violencia franca al asesinato en la oscuridad, ó éste á la felonía; pero se puede asegurar que hizo uso de los tres sistemas, según los casos, sin mostrar predilección por ninguno.

En los tiempos que corren, no acertamos á comprender las condiciones características de una época, en la cual se afirmaba, por la mayor parte de los cristianos, que incurrian en herejía los defensores de la libertad religiosa. Después de la ruptura con Roma y en tiempo de la Reforma, aun se profesó por los luteranos y episcopales ingleses la doctrina tiránica de que la religión del príncipe debía ser la de los súbditos, y que toda otra creencia merecía la persecución y el castigo. En materia de intolerancia, ya que no de crueldad, Calvino y Lutero nada tuvieron que envidiar á Torquemada y á Titelmann.

Los Holandeses fueron los primeros en reconocer y autorizar la tolerancia, que es el primer paso de la libertad religiosa. Ni tampoco hubiesen podido permitir el único y exclusivo ejercicio del culto católico romano, porque, en el siglo xvi, la Iglesia de Roma constituía un enemigo formidable contra todo hom-

bre, pueblo ó estado que discrepase de su doctrina. No contenerla de algún modo, cuando los Holandeses habian sacudido su yugo, habria sido hacer traición á la libertad, á la esperanza, al progreso y á la justicia.